

LA INTEGRIDAD NACIONAL.



PERIODICO POLITICO.

DIRECTOR: ANTONIO G. LLORENTE.

2.ª Serie.

ESTE PERIÓDICO
se publica los días 3, 6, 9, 13, 17, 20, 24, 28
y último de cada mes.

Madrid: 3 de Mayo de 1870.

REDACCION Y ADMINISTRACION:
Calle de La Farmacia, número 13,
cuarto principal.

Núm. 17.

LA INTEGRIDAD NACIONAL.

La circunstancia de no publicarse aún diariamente nuestro periódico, nos ha impedido asociarnos el día 2 de Mayo á nuestros demás colegas, en la expresion de respeto y admiracion por las primeras victimas de la guerra de la Independencia.

Lo hacemos hoy con tanto mayor fervor y entusiasmo, cuanto que aquellos altos hechos y gloriosas acciones de nuestros padres, han servido de noble enseñanza á los heroicos españoles que están derramando su sangre en Cuba por la honra y la integridad de la patria.

¡Gloria á los muertos, gloria á los que aún se batien! Los nombres de los que vierten su sangre por tan noble causa, serán conservados con gratitud eternamente en la remembranza de nuestra nacion.

EL DOS DE MAYO.

1808 y 1870.

..... á la vista del Mausoleo donde descansan las victimas del despotismo extranjero, juremos con la mano en el corazon y el pensamiento en la madre patria, continuar siendo dignos del sacrificio que por nosotros hicieron, de la independencia que por su esfuerzo alcanzamos:

(Sufragio Universal del 1.º de Mayo de 1870.)

..... la memoria de los héroes del 2 de Mayo, queda con nosotros y quedará mientras aliente en esta tierra un corazon español. Ella nos fortalece y nos anima, ella nos sirve de estímulo á proseguir el trabajo que nos hemos impuesto como un deber sagrado, de contribuir con nuestras debiles fuerzas á que España recobre la honra y la dignidad que perdió. . .

(Universal del 2 de Mayo de 1870.)

El tiempo, que todo lo gasta y todo lo cambia, ya pasando como una ola por encima de los hombres y los sucesos, sin dejar tras sí mas que olvido ó indiferencia; ya transformando las ideas, los sentimientos y las animosidades; ya haciendo surgir del seno de la sociedad antigua, generaciones nuevas con aspiraciones antitéticas, ha sido impotente para borrar del corazon de los españoles un recuerdo de luto y de grandeza, que no pasa año sin que haga vibrar todas las fibras del carácter nacional, despertando y reanimando aquella noble fiera con que resistió é hizo sucumbir al capitan del siglo.

La memoria de aquella atroz felonía que lo arrojó sobre nuestro suelo como una maldicion, aún destila lágrimas y sangre, y ésta fué tanta, tan noble é inocente, que debió pesar toda sobre su cabeza, pues no sólo precipitaba luego su caída, sino que todavía iba á inundar su conciencia con la amargura del arrepentimiento, en los últimos tiempos de su cautividad: felonía horrible y sin ejemplo, en cuyos detalles tremendos viene nuestro pueblo á templar su espíritu anualmente, para bendecir á los que sucumbieron defendiendo la patria que aún tenemos, y para adquirir la fortaleza necesaria para imitarlos, si la desgracia nos depara en lo futuro eventualidades parecidas.

Han pasado 62 años, y aunque pasen muchos más, creemos que las emociones de este día, el noble olvido de las disensiones políticas que en él se verifica, y la fusion momentánea de todos los partidos y todas las aspiraciones, causadas por un recuerdo doloroso y terrible, responden á una sola idea: idea severa, enérgica y grandiosa, como todas las que han emanado de

nuestro pueblo siempre que ha obrado compacto y unánime, la de odio invencible á toda dominacion extranjera, y amor á su independencia nacional llevado hasta la idolatría y el fanatismo.

Así fueron nuestros padres, así obraron, por eso se batieron, así supieron morir. ¿A qué referir historias, ni detalles, ni episodios gloriosos, ni acciones de grandes caudillos, ni heroicidades de voluntarios bisoños, ó de guerrilleros intrépidos? Sería tarea inútil, cuando aquella magnífica epopeya de seis años está grabada en todos los corazones, y cuando el contraste entre los que esquilaban y aterrorizaban á España para dominarla, y los que hacian esfuerzos inauditos para librarla de tal ignominia, ha constituido durante mucho tiempo la mejor nocion de historia que se comunicaba de padres á hijos en todos los pueblos y aldeas de la Península, desde el rústico al letrado, desde el poderoso hasta el labriego.

Los pueblos que no se abaten, que luchan con la adversidad, y que á los descalabros oponen su constancia y su vigor indomable, podrán ser exterminados; pero subyugados, jamás.

No podemos aludir á calamidades públicas nacidas de nuestros mismos errores; hoy nuestro espíritu se eleva más alto y ni siquiera queremos recordar lo que nos divide en nuestras dimensiones domésticas.

Hemos presenciado ayer el grandioso espectáculo de todo un pueblo, entregado no al júbilo de una fiesta, sino asistiendo grave, circunspeto y sin la algarazara de las grandes aglomeraciones populares, á lo que podemos considerar como la más noble de las manifestaciones; veneracion á los que dejaron de existir por la patria, estímulo á los que viven para que se hagan dignos de sus antepasados siguiendo su ejemplo.

El toque fúnebre de las campanas, las salvas lejanas, el gran despliegue de fuerzas militares, su cordial union con las fuerzas ciudadanas, la fraternidad de todos los partidos, y el ver marchando confundidos á los más altos dignatarios del Estado con las clases más humildes, nos revelaba que no era una ceremonia vana y esclava de la costumbre la que se verificaba, sino la manifestacion enérgica de nuestra nacionalidad, que lo mismo en los peligros pasados que en los venideros, sabrá bastarse á sí misma, y olvidando divisiones lamentables, marchar unánime contra todo el que ose amenazarla.

La prensa toda, sin una sola excepcion, ha secundado el magnífico cuadro de concordia del pueblo de Madrid, no teniendo palabras mas que para enaltecer las victimas de la invasion de 1808, y para lanzar un reto de soberbia y dignidad á los gobiernos insensatos que en cualquier tiempo intentaren imitar á aquellos invasores: sentimientos del más puro españolismo se han expresado por los órganos de todos los partidos, y votos fervientes, porque España siga siendo *siempre Española*, se han elevado á Dios del fondo de todos los corazones, que aún lloran en este día aquella inmensa hecatombe que sirve de grandioso y sublime pedestal á la España moderna.

Pero en medio de la emocion general, y de esa satisfaccion serena que produce en un pueblo la conciencia de su propia fuerza, nuestro espíritu, á pesar nuestro, atravesaba los mares é iba á contemplar con una mezcla indefinible de tristeza y de asombro, los extragos y los incendios que han afligido la provincia más opulenta de la Monarquía, y el denuedo y la abnegacion

de millares de españoles, que abandonando sus familias, sus industrias y su reposo, se convertian en auxiliares de la madre patria, y con esa indiferencia de la vida, tan característica en nuestra raza siempre que se vió amenazada, se lanzaban al encuentro de las hordas de foragidos que querian borrar allí toda huella de civilizacion, los contenian, los destrozaban y los hacian huir á esconderse en madrigueras impenetrables.

Pero esos resultados no se han obtenido sin sacrificios dolorosos: sangre preciosa española ha regado el suelo de nuestra grande Antilla, y tan preciosa es la que se ha derramado, que si no nos debiera Cuba su civilizacion y todo lo que hoy es, esa sangre sola, seria un título que consagraria de nuevo nuestro dominio.

Y cuando tanto se ha hecho, y se ha logrado conservar esa joya admirable de la Corona de España, incólume de toda mancha y virgen de toda dominacion extranjera, gracias sólo á sus preclaros y esforzados habitantes, ¿cuál no será nuestra tristeza en este día, al pensar que desnaturalizando el carácter de esa lucha fúnebre, hay aquí quien niega á los defensores de Cuba, no sólo el lauro que merecen, sino la lealtad de los móviles patrióticos que los impulsan á la pelea! Y más amarga nuestro espíritu el ver que esto se haga precisamente en los mismos días en que se evocan las victimas venerandas del 2 de Mayo, y se jura ante ellos imitar ciegamente su ejemplo.

Los españoles de 1808 luchaban denodadamente para impedir que las provincias Españolas llegaran á ser un dominio extranjero, mientras que los españoles de Cuba en 1870 combaten desesperadamente contra los elementos, contra un clima mortífero y contra enemigos siempre alevosos, para impedir que una de nuestras provincias sea arrebatada á la madre patria.

Si entonces se atentaba contra toda la nacion, y hoy sólo contra uno de sus dominios predilectos, la heroicidad de la defensa no es por eso menos grande; y por eso subleva el corazon y no nos explicamos, que mientras se glorifica á nuestros progenitores, se denigre y ofenda hoy á los que no hacen más que imitarles.

En 1808 se estigmatizaba hasta con la infamia, á los que siquiera simpatizaban con los franceses ó se resignaban á la sumision, mientras hoy se propone sin escrúpulo que vendamos por oro al extranjero, una provincia que sus habitantes riegan con sangre para que no se venda á nadie. Y hemos llegado á unos tiempos en que nadie se escandaliza de tales propuestas, y lo que es más, en que impunemente se insulta á los que no queriendo ser vendidos lanzan su voz al través del Océano, y apelan al noble pueblo español, contra los autores del tal indignidad y contra los desatentados proyectos de los que los inspiran.

Si en la historia de las aberraciones ó maldades humanas se han hallado padres capaces de vender sus hijos, la execracion general los ha declarado indignos de pertenecer á una sociedad civilizada y cristiana. Por eso toda propuesta en ese sentido se ha considerado siempre como la más atroz de las injurias, y la que hoy se hace á España aconsejándola y *asediándola* para que venda una de sus creaciones predilectas, no sabemos cómo la tolera el Gobierno, pues tan ofensiva es para la provincia de que se trata, como para el poder á quien se le hace.

¿Qué dirian esos mismos diarios si en Cataluña, en Aragon, en Navarra, se levantara una minoría turbulenta y audaz, queriendo segregar

esas provincias de España, con la idea preconcebida de entregarla á los franceses? ¿Qué acogida harian aquí, á los que con el pretexto de evitar los males de la guerra, y cuando ya iba de vencida, se presentaran pidiendo que las *vendiéramos* á Francia?

Dirian lo que ayer, que ese seria un escarnio á la sangre derramada y una ignominia para la Nacion que supo luchar y vencer á Napoleon el Grande.

Después de la guerra de la Independencia en todas nuestras turbulencias civiles sólo el ejército era el que se media frente á frente con los revoltosos; la sociedad entera permanecia impassible, delegando en él la mision de restablecer el sosiego público. En Cuba se ha dado el espectáculo grandioso de presentarse la parte más sana y respetable de su poblacion, no sólo á dar su adhesion moral al Gobierno y á la fuerza pública, sino á prestar su apoyo material, cooperando heroicamente, en medio de toda clase de penalidades y fatigas, al triunfo del orden y de la integridad de la nacion, cuya desmembracion no quieren consentir.

Esto sólo bastaria á acallar todos los clamores, si el espíritu público no hubiera llegado ya aquí á un estado tal de marasmo, que no parece sino que hasta el sentido politico ha desaparecido del seno de las masas.

Ayer glorificabais á los que guiados por móviles sublimes todo lo olvidaban por la patria; no llevemos la ingratitud y la injusticia hasta seguir olvidando á los que no abrigan los móviles pequeños que aquí consumen nuestra vitalidad. Si allá á lo lejos, en el mar de los trópicos, ha ido á guarecerse nuestro antiguo patriotismo, el tradicional, el de Viriato, el de Pelayo, el de 1808, no son dictérios sino aplausos lo que debe tributarse á los que lo alientan.

Los mártires de la patria han tenido ayer una apoteosis en toda España al que la prensa en masa ha contribuido: quiera Dios sea el acto final de contricion para algunos de nuestros colegas, que se empeñan en sostener soluciones contrarias á la que simbolizaba la solemnidad del 2 de Mayo.

Que España no tenga más por qué escandalizarse de tales ideas, es nuestro voto más ferviente: pues las reprobaciones parciales que ya han sorprendido la opinion por su viril energía, pueden llegar á trocarse en una explosion de indignacion nacional.

LOS VOLUNTARIOS DE LA HABANA.

II.

En el número anterior de este periódico insertamos el artículo titulado *Los Voluntarios de la Habana*, dictado á *El Universal* por un despacho lamentable, que le ha hecho olvidar que el silencio es el único medio que le aconseja la prudencia para evitar que otro grito de reprobacion se alce en toda la prensa española, ofendida nuevamente por la repeticion del agravio que se hace á la dignidad nacional, reiterando el oprobioso pensamiento de vender una provincia al extranjero, presentando como excusas, razones que por su absoluto absurdo, más parecen una burla á España que la expresion del error ó del convencimiento.

Hoy volvemos á ocuparnos de ese escrito para que no quede sin contestacion ninguna de las gratuitas acusaciones que el indicado diario ha lanzado contra aquella milicia y contra el pueblo español-antillano, á los que envuelve en sus infundados cargos.

Rebosan en esa incalificable produccion un encono mal disfrazado contra los valientes y generosos defensores de nuestro nombre en América; una obcecacion profunda, que es el título que haciéndole favor podemos dar al espíritu que preside en ella, por mantener la vergonzosa idea de aumentar el poder de un pueblo extraño, á costa de nuestro pueblo; un mezquino propósito de mancillar el carácter altivo pero caballeroso de nuestra raza imputándole *actos vandálicos y salvajes que se dice nos deshonran*; un deseo de crear en la opinion la duda sobre el interés y la necesidad que hay para nuestra patria de conservar esas provincias que la traicion de allá y la ignorancia de unos pocos aquí quisieran arrebatarle; y una mal comprimida rabia porque aquella sea vendida ó porque esta sólo haya merecido calificaciones que no esperaba, y que se han leído en las columnas de todos los periódicos, con la insignificante excepcion de los que han iniciado el ultrajante proyecto de la venta de Cuba.

Agno á nuestro carácter y al de la INTEGRIDAD NACIONAL, el estilo nauseabundo de los dictérios ó de los sarcasmos, no descendemos al terreno de esos pugilatos que constituyen la habitual tarea de algunas publicaciones; pero rechazaremos con energia los indignos tiros de que son blanco esta vez los voluntarios de la Habana, y los demás españoles en ella residentes, por más que no necesiten esta defensa; que alta, muy alta está la gloria que han adquirido, y grandes, muy grandes son los servicios que la Nación les debe, para que se oscurezca en lo más mínimo la una, ó se disminuya en nada el mérito de los otros, por los desahogos de un antagonismo que ántes oculto se manifiesta ahora en términos tan explicitos.

Los españoles de Cuba, ya sean voluntarios ó no, nunca han sido *desgraciados y pobres instrumentos de los bastardos y maquiavélicos pensamientos de sus inspiradores*, como *El Universal* se atreve á consignar en su artículo: tan indigno empleo pertenece á los que anhelan el triunfo de ciertas aspiraciones, pisoteando al orgullo y los derechos de nuestra patria. Ellos, no se han levantado en armas para defender sus intereses personales sino para sostener los intereses españoles amenazados por una insurreccion bastarda y fementida, que alientan y excusan los que más que compatriotas parecen enemigos nuestros.

Si á tan pobres sentimientos hubieran obedecido, no habrían prodigado sus capitales, su reposo, y hasta sus vidas salvando aquella tierra cuando se vió próxima á sumirse en los horrores de la anarquía. Porque mal que le pese al *Universal*, el patriotismo ardiente de esos hombres leales, los hizo olvidar que sacrificaban en una hora el fruto de los afanes y de las fatigas de años y años consagrados al trabajo, en las esferas honrosas de la laboriosidad más admirable.

Con esa abnegacion y esa constancia que sus detractores llaman fanatismo, conservaron sin mancha nuestra bandera, y si *El Universal* lo ignora, sépalo para en el adelante: Los VOLUNTARIOS HAN SALVADO Á CUBA; merced á ellos, á su esfuerzo, á su decision, á su desinterés y á su firmeza, Cuba es española.

La rebelion recibió dos rudos golpes al iniciarse allí: el uno fué la derrota moral que sufrió por la prevision del general Lersundi, que supo rechazar con energia el insidioso plan de crear una junta en que residieran el poder y la autoridad, que con hipócrita alarde de mentida fidelidad le propusieron los ocultos jefes del separatismo, despues de haber logrado alucinar á algunos corazones leales: el otro, el alzamiento de esa falange de hombres, á los que no fué posible engañar con la alharaca de *progreso y fraternidad universal*, frases que siempre estaban en los lábios de los embaucadores insurgentes, y nunca en sus almas; ese alzamiento unánime con que se lanzaron todos los buenos á ahogar la sedicion en la capital de aquella isla, cuando insolente osó levantar la frente en los primeros meses del mando del general Dulce.

Si el español de Cuba en 1869 no se hubiera lanzado á la lucha en las calles de la Habana, como el español de Madrid en 1808; si no hubiera apostado todos sus recursos para defender allí la independencia nacional, como aquí á costa de su sangre sus padres la defendieron, ¿qué sería hoy del poder español en el Nuevo-Mundo?

Audaces los jefes del bando insurgente, alentados por la impunidad que encontraban para sus desmanes, osaron provocar á los buenos: que éstos hubieran permanecido mudos é inertes espectadores de sus hechos y hoy no tremolaría en Cuba nuestro pabellon. Desde entonces han multiplicado los españoles allí sus sacrificios y sus privaciones por España; y nunca se detuvieron ante la importancia de las fortunas que empleaban en servicio de esa causa: y nunca se cuidaron de los riesgos á que exponían su existencia; y todo les era y les es indiferente con tal que se salvase su nacionalidad.

Por eso es que ahora, excitada su indignacion por el sólo pensamiento de venderles, lanzan la merecida censura contra los que desde aquí, sin haber hecho el menor sacrificio, sin haber sufrido cosa alguna, piden que se les prive del derecho de que nadie puede despostrarlos, del derecho de ser españoles; ó de que prosiga siendo española esa provincia que han enriquecido y que personalmente han defendido contra la traicion.

Y dice *El Universal* que si pudiera suponer que *ese fanatismo, que esa intransigencia, y que esas proclamas* que formulan fueran *hijas de un conocimiento íntimo, de un deliberado exámen, le sería preciso renegar de los lazos que lo unen á esos hombres!* En buen hora: ellos son los que no quieren esos lazos con los que (son sus palabras), *se empeñan en rasgar la enseña de nuestra nacionalidad.*

El proceder de los españoles de Cuba, ni es incalificable ni absurdo: ¿se quiere la aprobacion de su conducta? Pues está impresa en las columnas de los periódicos que antes que ellos han condenado con severo lenguaje el desgraciado proyecto de vender nuestra inapreciable Antilla: está pronta á salir de la boca de cuantos lean estas líneas: y dentro de breves dias la oiremos de ese pueblo valiente y generoso al que ha apelado el pueblo de Cuba en su justa indignacion.

¡Privilegio incomprensible tiene *El Universal*, al frente de toda la prensa de todos los partidos! ¡Sólo en él se encierran el tino, el saber, la prudencia, el patriotismo, la justicia y la prevision! El es el único que hoy comprende que aprovecha á los intereses de nuestros hermanos, á las ventajas de nuestro comercio, á la disminucion de nuestra deuda y á los *eternos principios del derecho*, que España se despoje de una provincia opulenta, centro de nuestro tráfico, envidiada por diversos poderes y cuya importancia es tal, que la codicia una nacion rica y que posee territorios inmensos!

«¿Quiénes son ellos, pregunta *El Universal*, para ahogar la voz en nuestra garganta?» Son españoles nacidos unos en la Península, otros en Cuba, que dicen lo que tantos periódicos han dicho al consignar en iguales términos su reprobacion al incalificable proyecto de venta: son españoles que agenos á banderías, luchan como buenos por la gloria de España: son españoles que no quieren apostatar de su origen, que no quieren salir desterrados de su casa, que no quieren ser extranjeros en su patria, que no consienten en que se desmembre la herencia de sus antepasados; que no permiten que la dignidad y el prestigio y el poder de la nacion se pongan en la balanza al frente del oro extranjero. Ellos dicen: *apelamos al tribunal de nuestro pueblo siempre grande y siempre sensato y acusamos á los escritores que proponen la venta ó la cesion de la isla, de traidores á la patria y de culpables del crimen de lesa nacion*; esperemos el fallo que se pide, que de seguro habrá de manifestarse en la opinion.

Una *carcajada* provoca al periódico á que vamos contestando, la protesta de los habitantes leales de Cuba, de convertir en cenizas la isla antes que sea cedida: no queremos creer que le cause tal hilaridad el anuncio, porque sería convenir en que ha olvidado la historia de España. ¿Tan imposible considera que se repitan allí las gloriosas y terribles escenas que se hallan á cada paso en ella? Si es así en grave error se encuentra: ¡ojalá nunca llegue el momento de ponerse á prueba en Cuba la firmeza de carácter de nuestro pueblo, que nunca ofrece consumar uno de esos tremendos sacrificios sin cumplir los juramentos que hace!

Apartados de aquella tierra los que acá abri-

gan esa duda, no la tuvieran si estuviesen en ella ó comprendieran el espíritu que anima á esos hombres, resueltos á no ser vendidos, y que disputarán palmo á palmo el terreno, antes de abandonarlo en medio de la vergüenza y del escarnio del mundo.

Dícese que la isla no es hoy española, porque los voluntarios han absorbido todo el poder y desprecian las disposiciones del Gobierno, legislando política y económicamente y ejerciendo presion en las autoridades que no tienen influencia moral, ni material. No es exacto: los voluntarios constituyen un elemento de fuerza poderoso, que la autoridad aprovecha para la seguridad de las poblaciones, mientras el ejército persigue á la insurreccion armada que huye y se oculta en las fragosidades de los montes: los voluntarios constituidos en defensa constante de las ciudades, impiden que el separatismo cree diversiones favorables á las bandadas perseguidas por las tropas; y por último, los voluntarios conservan el orden, porque necesítandolo para la existencia de la industria y del comercio y para el adelanto de la riqueza pública y privada, no pueden alterarlo en su perjuicio, ni disminuirse la libre accion de la autoridad y su prestigio, más necesaria allí, y hoy indispensable para el triunfo de la causa que sostienen.

Pero queremos suspender por hoy esta respuesta al *Universal*, que prometemos continuar, á fin de desvanecer las exajeraciones y las inexactitudes que ha acumulado con el propósito quizás de despertar en el Gobierno un sentimiento de antagonismo contra esa institucion, que el insurgentismo quisiera ver destruida por lo mismo que es un valladar insuperable, una roca contra la cual se estrellan todos los esfuerzos de la deslealtad.

LA INTERINIDAD.

Es imposible dejar de reconocer que la causa principal de ese temor profundo de que se hallan poseídos los ánimos, y de ese creciente malestar que en todas partes se nota, es la prolongacion indefinida de la interinidad.

Salir del estado en que nos hallamos, constituir el país sobre una base sólida, crear un poder fuerte que pueda resistir á los encontrados embates de las pasiones políticas, hé aquí una necesidad imperiosa que nadie puede desconocer, cualesquiera que sean sus ideas, cualesquiera que sean sus compromisos y sus de seos. Nosotros no pedimos que este difícilísimo problema se resuelva en favor de tal ó cual personalidad, no venimos á defender tal ó cual bandera: no hacemos ni queremos hacer nuestro el pensamiento de ninguna parcialidad; pero opinamos, como todos los españoles de Europa y América, que es preciso, que es indispensable, de todo punto indispensable que no se prolongue este estado de incertidumbre que ahuyenta ó esconde los capitales, que merma la industria, que destruye el comercio, que ocasiona á cada paso sangrientos conflictos y que de este modo consume todas las fuerzas vitales de la nacion, y nos lleva á pasos de gigante al empobrecimiento y á la ruina.

Hemos dicho que nuestros hermanos de las Antillas anhelan como nosotros el término de esta interinidad, fecunda en perjuicios, y fácil es comprender cuán vehementemente, cuán interesado y cuán legítimo es su deseo. Enlazada su suerte á la de la Península, tienen que influir forzosamente en su destino, no sólo las resoluciones que se adopten en los asuntos de Gobierno, sino también la eleccion de la persona que haya de ocupar el supremo poder y recibir de las Cortes Constituyentes la más alta de las investiduras. Agenos se hallan como nosotros á las mezquinas luchas de los partidos políticos; dispuestos están á obedecer al soberano que la nacion aclame; como lo estaban anteriormente á aceptar la forma de gobierno que se diera; libres viven de toda aspiracion que no sea la de seguir unidos á una patria que es la suya y de la cual nunca conseguirán apartarlos ni las torpezas de los gobernantes; ni la astucia de los traidores, ni la fuerza de los enemigos.

Sin embargo, la interinidad les daña como nos daña á los españoles de aqueude los mares, la incertidumbre les agobia como á nosotros nos agobia, y hasta podríamos decir que es mayor la ansiedad que existe en Cuba por la

sólida é inmediata constitucion de un poder estable que reuna las condiciones de seguridad que la conveniencia general reclama. Sin el establecimiento de este poder definitivo, el orden no puede estar garantido aquí, y las convulsiones de la Península han de ejercer pernicioso influjo en todas las provincias ultramarinas. El orden es la condicion precisa de un buen gobierno, sin la cual no cabe poner en práctica las reformas que la buena administracion reclame y que exijan los verdaderos intereses de los pueblos, y cuando el orden pelagra aquí es muy difícil que los hombres que se encuentren al frente de la situacion puedan fijarse detenidamente en los asuntos de provincias apartadas y subvenir á las necesidades por ellas sentidas, y buscar remedio á los males que sea conveniente extirpar. El desorden en todas partes, lo mismo en Europa que en América, ha llevado los pueblos á la abyeccion, y prueba evidentemente este aserto el estado de la que fué un dia la colonia más floreciente de Francia y de los antiguos reinos hispano-americanos, que antes eran dichosos y que hoy están sumidos en la pobreza, en el envilecimiento, en la discordia y en la humillacion.

La nacion española ha menester que se resuelva sin demora ese problema de la interinidad, que debió haber sido resuelto desde los primeros meses de la Revolucion. Votada la Constitucion, las demás cuestiones pueden resolverse despues que sea elegido el jefe supremo del pueblo español, y todas las soluciones presentadas á las Cortes interesan de seguro mucho menos que la constitucion definitiva del país. Si ésta se hubiera llevado á efecto anteriormente no habríamos tenido que lamentar muchas desdichas de que la patria ha sido víctima, y quién sabe si la insurreccion vandálica que cubre de sangre y de ruinas la hermosa isla de Cuba, hubiera perdido falsas esperanzas que le dan calor y vida y habria acabado de extinguirse para no reaparecer jamás.

Nosotros creemos que los insurrectos cubanos confían más que en sus propias fuerzas y más que en el auxilio de ciertos extranjeros, en los errores que pudieran cometerse aquí y en que los desórdenes que tengan lugar en la Península impedirán el envío de tropas; creemos también que nada les alienta tanto como la continuacion de esta interinidad que mantiene todas las ambiciones y dificulta por consiguiente el sólido restablecimiento del orden público, al consumir las fuerzas vitales del país. Por eso nuestros hermanos de Ultramar desean que la interinidad acabe y por eso lo deseamos también los que tenemos la mision de defender en la prensa sus intereses y sus aspiraciones.

Reproducimos con la satisfaccion de siempre el artículo del ilustrado Sr. D. V. V. Q., que ha publicado *El Tiempo*, en 1.º del corriente.

LAS 42.000 FIRMAS

DE LA PROTESTA DEL CASINO ESPAÑOL DE CUBA.

«Si no conociéramos la sensatez, el aplomo y cuidado exquisito con que suele escribir *La Época*, midiendo, atildando y aquilatando todas sus palabras para que tengan el alcance justo que pretende dárles, tal vez hubiéramos pasado por alto los dos intencionados sueltos que consagra á la cuestion del ya célebre *plebiscito* cubano, en sus números del 26 y 27 del actual. Al ver cómo en ellos y en cuantos sobre este tema lleva escritos *juega el vocablo*, dando á la palabra *plebiscito* tantas y tan diversas significaciones; ó como diríamos, lógica y técnicamente hablando, *haciendo tantos PARALOGISMOS como frases*, no hemos podido menos de preguntarnos llenos de asombro: ¿qué quiere *La Época*? ¿á dónde dirige sus tiros? ¿á quién pretende fascinar, cuando así olvida todos sus antecedentes y los hábitos de precision y claridad que sabe usar cuando le conviene?

Sugiérenos estas ideas, ante todo, el suelto inserto en el número del 27, referente á la protesta del Casino Español de la Habana, contra la humillante idea de vender ó ceder la isla de Cuba á los Estados Unidos, echada á volar por tres periódicos anti-españoles, por más que se publiquen en la capital de la monarquía española. Dice á este propósito *La Época*: «Se nos quiso hacer un cargo por haber aceptado un artículo (debiera añadir, y por haberlo defendido), en que se proponía el *plebiscito* como uno de los medios de conocer la opinion de la mayoría de los habitantes de la isla de Cuba; y resulta ESPONTÁNEAMENTE, que sin preparacion, por un impulso unánime de la opinion pública, el *plebiscito* ha tenido lugar, y no por los medios ocasionados á dudas de una

votacion, sino con el acto más público, más solemne y más verídico, que es la firma».

Imposible nos parece que un periódico tan sensato, y tan ilustrado al mismo tiempo, lleve a tal punto el espíritu, no diremos de sofisma, pero sí de amistad y de pasión, que por defender a un articulista, confunda dos cosas tan diversas como el plebiscito y los derechos que concede a todo español el art. 17 de la Constitución, para emitir de palabra o por escrito sus opiniones, y dirigir peticiones individual o colectivamente a las Cortes, al Rey y a las autoridades. ¿Necesitará nuestro colega que le recordemos los principios del derecho romano, que él tiene olvidados por demasiado sabidos? ¿Ignota, por ventura, el origen y la significación del plebiscito? Harto sabe nuestro colega que el plebiscito no era una manifestación espontánea, como él mismo califica con gran propiedad la protesta del Casino Español, sino la respuesta pública que daba la plebe aprobando o rechazando la resolución que le proponía su tribuno o magistrado.

Esta aprobación llevaba consigo el deber de respetarla y acatarla por parte de la plebe; habiendo alcanzado más tarde el carácter preceptivo de la ley, que era la que se hacía con el consentimiento de todo el pueblo, compuesto de los nobles y plebeyos. ¿Qué hay, pues, de común entre la protesta del Casino Español de la Habana, dirigida en forma de petición a las Cortes, al Gobierno y a los ayuntamientos de la Península, y un plebiscito? ¿Qué autoridad, qué magistrado, a nombre propio o del Gobierno, ha propuesto a la aprobación del pueblo cubano la cesión o no cesión de la isla a los Estados Unidos? ¿Dónde está en la protesta la fuerza obligatoria que llevaría consigo el plebiscito si existiera?

Y no se crea que es ésta una circunstancia insignificante; bien al contrario. Precisamente porque nuestro colega sabe y conoce perfectamente que este punto resuelve la cuestión que con él venimos sustentando, y desbarata, como a un castillo de naipes, los paralogismos de su articulista, es por lo que ha querido darnos *le change*, como dirían nuestros vecinos, o *cambiar los frenos*, como tal vez diríamos los españoles, con el objeto de extraviarnos del camino real, y hacernos olvidar el punto a que nos dirigíamos. Pero antes de recobrar aquel y seguir la senda que nos hemos propuesto, hasta poner en evidencia los errores y paralogismos del articulista, a quien con tanto cariño defiende *La Epoca*, seámos permitidos rectificar una intencionada expresión que no es del articulista, sino de su apologista.

Después de decir nuestro colega que la protesta contiene 42.000 firmas, añade con un aire de inocencia: «Por cierto que este sistema ofrece en Cuba un resultado curioso e inesperado, y es el de que apenas existirá ninguna comarca de Europa donde haya proporcionalmente más personas que sepan escribir.» ¿Qué ha querido decir con esto? ¿Que son dudosas las firmas, pues que dan un resultado inesperado, o como si dijéramos, poco probable? Pues bien; por eso, y para que no se dude por nadie de la verdad de las firmas, ha dispuesto el Casino que se impriman; con lo cual todo el mundo queda autorizado para negar y probar las que sean falsas. Pero hay más, y es que *La Epoca* se admira sin razón de que en la Habana se haya cubierto la protesta con 42.000 firmas, cuando de varones solos hay en ella, o mejor dicho, había en 1851, 48.728 personas que supiesen escribir, y 22.000 hembras, que tienen también el derecho de petición (no el de plebiscito), sobre todo, tratándose de venderlas como siervos adscritos al suelo. En toda la isla hay 156.363 varones blancos, que sepan escribir o leer y 72.000 hembras.

Vea, pues, *La Epoca* que nada hay de inesperado en el número de las 42.000 firmas; y que estas, sin contar las hembras, pudieran aumentarse y se aumentarían muy probablemente hasta 150.000. Y después de todo, ¿es necesario saber escribir para ejercer el derecho de petición? Ni lo prescribe la Constitución, ni podía prescribirlo: porque las leyes tienen marcado el medio de hacer constar la voluntad de un individuo cuando no sabe escribir. Si entre las 42.000 firmas, las hubiese (que creemos estar seguros no las hay) de personas que no sepan escribir, esto no quiere decir que sea falsa la adhesión de aquel individuo a la protesta del Casino. Para eso se imprimen, para que el que vea su nombre entre los firmantes sin haber dado su adhesión, levante la voz y reclame contra la falsedad. Y si nuestro voto valiera, para facilitar esta investigación y satisfacer plenamente los escrúpulos de nuestro colega haríamos imprimir las firmas por orden alfabético de apellidos.

¿Ha querido decir real y sinceramente que la isla de Cuba presentaba un resultado muy superior y sorprendente de instrucción, comparada con las poblaciones de Europa? Pues también se equivoca. Sumando los que saben sólo leer con los que saben escribir, porque en el censo de la isla de Cuba no se hace la debida distinción, resulta que en la totalidad de la isla, sobre 432.618 varones blancos, hay 156.363 que saben leer y escribir, lo cual da poco más de 36 por 100; mientras que el término medio en la Península es sólo de 24,47 por 100, números que difieren, al parecer, notablemente. Pero si de las totalidades pasamos a los grupos por provincias, veremos que en Álava la proporción es de 33 por 100; de 31 en Burgos y en Palencia; de 30 en Santander y de

29 en Madrid: números que, como se vé, se aproximan mucho al resultado que presenta Cuba. La razón es también evidente. En Cuba, el elemento peninsular, que predomina en las grandes poblaciones del litoral, porque todos van allá con esta preparación, sabe leer y escribir; mientras que la población del campo en este punto, como en todo lo relativo a civilización, está a un nivel muy inferior al de la India inglesa, y casi, casi igual al de los beduinos.

Entiéndase bien que hablo de los habitantes del campo, o *guajirios*, como allí los llaman. Querer juzgar de la civilización de la isla por la de la Habana, Matanzas, Trinidad o Cuba, etc., es como si tomásemos la de Bombay, Pondichery o Calcuta, por la de toda la India. Ciertamente que acaso ninguna población de la Península aventaja en civilización y cultura a la Habana; pero ¡qué inmensa distancia entre esta población y las de Holguín, Jiguani, Gibara y las Tunas, sin tomar en cuenta los innumerables *bohíos*, que llevan el nombre de pueblos y villas en los departamentos del Camagüey y Oriental!

Terminamos por hoy este artículo, ya demasiado largo. Otro día nos haremos cargo de nuevo de la confusión de ideas que se involucran en *La Epoca*, a propósito del plebiscito, que con tanta insistencia defiende.

V. V. Q.»

LA NUEVA CONSTITUCION

DE PUERTO-RICO.

Preparados teníamos los trabajos acerca de las bases presentadas por el Sr. Moret, para la Constitución de Puerto-Rico, cuando la publicación del dictamen de la comisión ha hecho que los retiremos, para examinar nuevamente unas reformas en que se modifica de un modo tan esencial el pensamiento del Sr. Ministro.

Aplazamos por lo tanto todo comentario, convencidos de que cuando se trata de asuntos que importan tanto al bienestar de la patria no debe buscarse el juicio en las impresiones que despiertan a primera vista, sino en las meditadas reflexiones de quien estudia con imparcialidad el criterio que las ha dictado, y las razones de conveniencia que las aconsejan.

Hé aquí ahora el proyecto:

TÍTULO I.

Declaración de derechos.

Artículo 1.º La isla de San Juan de Puerto-Rico, que forma parte del territorio nacional, se considera como provincia de la Monarquía española.

Art. 2.º Los españoles habitantes en Puerto-Rico gozan de los mismos derechos y garantías que la Constitución promulgada por las Cortes Constituyentes en 1.º de junio de 1889 ha consignado en su título 1.º sin más limitaciones que las que en esta Constitución se establecen.

Art. 3.º Las demás disposiciones contenidas en dicha Constitución y relativas a la organización de los poderes, son igualmente aplicables sin más modificaciones respecto al ejercicio de los poderes que las que en esta ley se determinen.

Art. 4.º El gobierno de la isla y sus relaciones con la metrópoli se organizarán con arreglo a la presente ley y a las que en adelante dicten las Cortes en cumplimiento del art. 108 de la Constitución.

TÍTULO II.

De la organización de la isla.

Art. 5.º El territorio de la isla se organizará en Ayuntamientos, que se establecerán en cada centro de población.

Las facultades serán las mismas que señala la ley votada por las Cortes Constituyentes y se ajustarán a las bases señaladas en el título 3.º de la Constitución.

Art. 6.º Habrá una sola diputación provincial para toda la isla.

Sus atribuciones, además de lo consignado en el título 8.º de la Constitución, se extenderán por la ley con arreglo a las siguientes bases:

1.º Facultad de conocer en las apelaciones de aquellos acuerdos municipales que no sean por sí ejecutivos.

2.º Conocimiento en todo lo relativo a elección, suspensión, etc., de los ayuntamientos.

3.º Facultad de discutir y proponer en su caso a la autoridad superior local y por su conducto al gobierno central, en forma de petición, cuanto creyeren conveniente a los intereses de la isla, y especialmente no estuviera determinado entre sus facultades.

Este derecho no se extenderá nunca a las cuestiones políticas.

4.º Proponer a la autoridad superior local los individuos que han de desempeñar los cargos eclesiásticos de la isla.

5.º Voto, con derecho de ser consultado, para el establecimiento de nuevos impuestos, para la modificación de los existentes y para cualquiera otra medida de carácter financiero que la autoridad superior crea oportuno establecer.

6.º Facultad de proponer a la autoridad superior local la modificación de cualquier impuesto local.

7.º Facultad de dictar disposiciones de carácter general y obligatorio para toda la isla en materia de instrucción, obras públicas, establecimientos de Bancos y sociedades, contratación de empréstitos y demás análogas.

Estas medidas no serán válidas hasta que recaiga en ellas la aprobación de las Cortes.

Si pasara el término de un año sin que las Cortes las hubieran aprobado, se entenderán válidas desde luego.

8.º Todas las demás atribuciones que para las Dipu-

taciones de la Península se consignen en la ley de Diputaciones que voten las Cortes Constituyentes.

Art. 7.º Es obligación de los municipios proveer al mantenimiento del culto y de los ministros de la religión católica.

Art. 8.º La Diputación y Ayuntamientos se elegirán por todos aquellos que, sabiendo leer y escribir, paguen además....

TÍTULO III.

Representación del país.

Art. 9.º La isla de Puerto-Rico enviará diputados a las Cortes, elegidos en la misma forma y en la misma proporción que se fija para la Península.

Art. 10. Los diputados a Cortes se elegirán por todas aquellas personas que, sabiendo leer y escribir, paguen además ocho pesos de contribución directa.

Art. 11. La isla de Puerto-Rico enviará a las Cortes un número de senadores proporcional al de las demás provincias de la Península.

Estos senadores se nombrarán en la misma forma prescrita en el título 3.º de la Constitución.

Art. 12. Las Cortes votarán todos los años el presupuesto de gastos de la isla de Puerto-Rico, y la cantidad total que ha de constituir el de ingresos.

Estos presupuestos se presentarán en los mismos términos y redactarán de la misma manera que marca el título 7.º de la Constitución.

TÍTULO IV.

Gobierno de la isla.

Art. 13. El poder central se ejercerá por medio de autoridades civiles; las cuales podrán enviar sus delegados a todos los puntos del territorio que estimen oportuno.

Art. 14. En los casos de sedición o invasión del territorio, la autoridad civil, después de reunir la Junta de autoridades, resignará el mando en la militar.

En este caso quedan en suspenso todas las garantías consignadas en el título 1.º de la Constitución.

Art. 15. La autoridad militar no podrá prolongar su autoridad más allá del tiempo necesario para restablecer la tranquilidad material.

La Junta de autoridades, que permanecerá reunida en el caso a que hace referencia el artículo anterior, podrá reclamar el restablecimiento de la autoridad civil, y entonces la responsabilidad de cuanto ocurra será de la autoridad militar.

Art. 16. Los tribunales de justicia recobrarán sus funciones desde el momento en el cual lo estime oportuno la junta de autoridades.

Art. 17. En todos los demás casos, en los cuales se perturbe la tranquilidad, la autoridad civil podrá emplear la fuerza con arreglo y en los términos que marca la ley.

Art. 18. En los casos, en los cuales pueda temerse un estado de perturbación en la isla, se procederá con arreglo a lo consignado en el art. 31 de la Constitución.

Art. 19. Al poder central corresponde, por medio de sus delegados:

1.º Suspender los acuerdos de los Ayuntamientos en los casos previstos por la ley, dando cuenta a la Diputación provincial, la cual resolverá en definitiva.

En los casos de delito, los someterá inmediatamente a los tribunales.

2.º Suspender toda asociación que se encuentre en el caso señalado en el párrafo 3.º del art. 19 de la Constitución, oyendo a la Junta de autoridades, y dando cuenta al gobierno central, a fin de que se cumpla lo prescrito en dicho artículo, si así lo estimase oportuno.

3.º Suspender o cerrar cualquier establecimiento de enseñanza que se encuentre en el caso que marca el párrafo 3.º del citado art. 19.

En este caso, entregará inmediatamente a las personas responsables a los tribunales.

4.º Presidir la Diputación provincial.

5.º Convocarla siempre que lo estime oportuno, sin perjuicio de las facultades que la ley concede a dicha Diputación.

6.º Nombrar por sí Ayuntamientos en todo o en parte, y lo mismo la Diputación en los casos en que por cualquier causa dichas corporaciones no se reunieran o no lo hiciesen en número suficiente para tomar acuerdos.

En estos casos solo podrán ser nombrados concejales o diputados provinciales los que respectivamente tengan el carácter de electores.

7.º Suplir la acción municipal, teniendo las funciones que están asignadas a los Ayuntamientos cuando estos se negaran a hacerlo.

En este caso, se dará siempre cuenta a la Diputación, y las disposiciones del poder central sólo tendrán carácter provisional.

8.º Recaudar siempre y en todo caso los impuestos que formen el presupuesto de ingresos.

9.º Establecer los acuerdos, oyendo a la Diputación.

10. Mandar en las fuerzas públicas.

11. No podrá establecerse ninguna fuerza local, sino de acuerdo con el poder central.

12. Suspender los acuerdos de la Diputación provincial y de los Ayuntamientos en los casos marcados por la ley.

13. Vigilar y mantener la seguridad en la isla.

14. Conservar su integridad y velar por el cumplimiento de las leyes y mantenimiento de los derechos.

15. Todas las demás facultades que la Constitución concede al poder ejecutivo.

TÍTULO V.

Disposiciones transitorias.

Art. 20. El Gobierno dictará las disposiciones necesarias para plantear esta Constitución con arreglo a las bases en ella establecidas.

De estas disposiciones se dará cuenta a las Cortes en su primera reunión, y no podrán tener el carácter de definitivas hasta que recaiga sobre ellas la base de la representación nacional.

Art. 21. Para poner en ejercicio esta ley, se procederá en primer término a organizar los Ayuntamientos y la diputación provincial.

Una vez hecho esto, se aplicará en todas sus partes y sin limitación de ningún género.

Art. 22. Los derechos consignados en la presente Constitución, no serán aplicables a los individuos que se hallen en estado de servidumbre, mientras esta subsista; pero a medida que aquellos vayan adquiriendo su libertad por cualquiera de los medios que las leyes establezcan, entrarán en el pleno goce de los derechos que esta Constitución reconoce para todos los españoles habitantes en Puerto-Rico.

ARTÍCULOS ADICIONALES.

Art. 23. Las cantidades que el art. 8.º de la Constitución fija como indemnizaciones, se entenderán en Puerto-Rico elevadas al doble.

Art. 24. Las facultades y las obligaciones que en la Constitución están señaladas a cualquiera de los ministros, se entenderá siempre que corresponden al de Ultramar para los asuntos de Puerto-Rico.

Reproducimos, por su oportunidad, los dos siguientes sueltos:

De Las Novedades:

«Se ha querido hacer de la cuestión de Cuba en España un auxilio a las perturbaciones de los partidos, y en Cuba de estas perturbaciones un arma contra España; se ha calumniado a las autoridades, a las corporaciones, al ejército y a los periódicos con toda clase de noticias llevadas allí y traídas aquí; y por último, se ha querido y se quiere hoy difamar a los voluntarios de Cuba pintándolos con los más negros colores y haciendo de ellos poco más que una partida de saltadores y asesinos.

Esto es lo que lleva al colmo nuestra indignación. Vilipendiar a aquellos heroicos hijos de España que a miles de leguas de la metrópoli abandonan su familia y su casa, sacrifican sus riquezas y su bienestar y pelean como buenos por la patria en una guerra cruel y sangrienta, es una conducta que no encontramos palabras con que anatematizar.

La guerra de Cuba sólo puede compararse a la de la Independencia, así como los que escarnecen al ejército y a los voluntarios que se batan por la causa nacional, sólo pueden compararse a los que en 1808 llamaban canalla a los héroes del Dos de Mayo.»

Del Diario Español:

«Le ha disgustado a *La Discusión* la noticia de que el filibusterismo cubano ha remitido a Madrid fondos e instrucciones para que se publiquen tres artículos aconsejando la venta o cesión de Cuba, y dice:

«Esta noticia, así dada, parece que se dirige contra los periódicos que, como *La Discusión*, han defendido la cesión, no la venta de Cuba, como el único medio de poner feliz término al conflicto cubano.

Nosotros, pues, nos faltariamos a nosotros mismos si no rechazásemos tan absurda e injuriosa especie, en lo que a nosotros respecta.

Nosotros no defendemos por dinero las ideas. Quédese esto para otra clase de hombres. Y en verdad que no ha faltado quien se acerque a ofrecernos por sostener soluciones que *El Diario Español* sostiene.»

Al dar aquella noticia, dice *El Diario Español*, no aludíamos a ningún periódico: manifestábamos una pretensión de los laborantes. ¿Conseguirán su objeto? El hombre propone y Dios dispone. En cuanto a que *La Discusión* se ha negado a defender por dinero soluciones que nosotros defendemos gratis, es lógico: hay tanta diferencia entre nuestras respectivas significaciones políticas, que se comprende que nosotros sustentemos gratis, como el principio monárquico, lo que el colega republicano no puede sustentar de ningún modo.

Al rechazar las ofertas de que habla, cumplió con un deber de moralidad y por ello no merece aplauso. Nosotros, en igualdad de caso, haríamos lo propio. ¡Quiera Dios que suceda lo mismo con todos!»

SUCESOS DE ATENAS.

El Sr. Eduardo Llody cuenta de este modo su apresamiento y el de sus compañeros de viaje, en una carta dirigida a uno de sus parientes, la cual ha sido reproducida por los diarios ingleses. Dice así:

«Atenas 12 de Abril.

«Lord y Lady Muncaster y Mr. Vyner llegaron aquí la semana pasada.

Prepararon una excursión para ayer a Marathon. Salimos en dos carruajes a las cinco y media de la mañana, con una escolta que nos preparó el ministro de la Guerra; en el primer carruaje iban Eduardo, nuestra hija Barbe, el Secretario de Italia, su criado y yo; en el segundo, lord y Lady Muncaster, Mr. Vyner, Mr. Hebert y un guía griego.

Llegamos a Marathon perfectamente; después de haber almorzado sobre el tumultus dispusimos la vuelta a Atenas. Como a las cuatro y media, sentimos dos detonaciones de arma de fuego; nos hallábamos a una milla del sitio donde debíamos cambiar de caballos; a consecuencia de esos disparos cayeron los dos gendarmes que precedían a la escolta. El carruaje se paró; continuó el fue-

go; nosotros nos escondimos en el fondo de los carruajes, los cuales fueron en un momento rodeados por los malhechores: éstos nos hicieron bajar y nos llevaron al bosque: entonces tuvo lugar su pequeño combate entre ellos y los soldados, durante el cual nos echamos en tierra para salvarnos de las balas que silbaban por entre los árboles. Los malhechores nos internaron después lo más rápidamente que pudieron. Eduardo llevaba a su hija, la cual daba gritos lastimosos. Desde que los foragidos tuvieron el choque con los soldados, principiaron a ser groseros con nosotros. En cuanto a mí, no me hicieron daño alguno; pero le dieron golpes con un palo a la Sra. Muncester, y le arrancaron un collar al que estaba suspendida una cruz de perlas, y la cadena del reloj.

Después de habernos tenido en zozobra cerca de una hora, me hicieron montar, y a la Sra. Muncester, en los caballos de los gendarmes; a Eduardo y a su hija en otro caballo, y de este modo fuimos a la montaña. Allí nos hicieron sentar, y empezamos a entablar con ellos negociaciones por medio de un intérprete. Pidieron por nuestro rescate 50.000 libras; después 32.000. Lord Muncester dijo que no había más que un medio de satisfacerlos, y era que dejasen a las señoras en libertad para que dirigieran un telegrama a Londres a una casa de banca, y que enviaran las 32.000 libras. A las siete me permitieron marchar con mi hija, la Sra. Muncester y dos gendarmes.

Los gendarmes no conocían el camino, y estuvimos errantes bastante tiempo, subiendo y bajando cerros donde apenas podían pisar los caballos. Llegamos por último a una aldea, donde con gran placer me reconocí uno de los carruajes que habíamos montado; como a las once de la noche llegamos a Atenas, dirigiéndonos, acto seguido, casa de Mr. Erskine.

El *Sun* publica la correspondencia oficial entre *Foreign-Office* y Mr. Erskine, ministro inglés en Grecia, con motivo de la ocurrencia del llano de Marathon. Reasumimos aquí los párrafos más notables de dicha correspondencia.

La primera carta, del jueves anterior, está dirigida por Mr. Clarendon a Mr. Erskine y tiene por objeto recapitular los hechos.

«Creo, dice el despacho, recapitular las comunicaciones cambiadas hasta hoy por la vía telegráfica, con motivo del apresamiento de unos viajeros ingleses por una turba de malhechores el 11 de este mes, en el momento en que dichos viajeros volaban a Atenas, desde Marathon. Vuestro telegrama del 12, que anunciaba este suceso, así como que habían sido puestas en libertad las señoras que formaban parte de la excursión, y la petición de 32.000 libras, hecha por los bandidos en concepto de rescate, no llegó aquí hasta la mañana del 14. Después de cambiar varios telegramas con los amigos de los cautivos que se hallan la mayor parte lejos de Londres, os envío por mensaje expedido al medio día de hoy las instrucciones, para ver si se puede obtener una baja en la suma pedida a título de rescate, procurando, si es posible, no exceder de 5.000 libras; pero si veis que la vida de los cautivos está en peligro, por tener el retardo necesario para reunir una suma mayor, os autorizo para que pagueis todo lo necesario, a fin de ponerlos en libertad, y que gireis contra Mr. Drumoní, por el importe.»

En el siguiente despacho, los acontecimientos se pintan así:

El 15 lord Clarendon encarece a Mr. Erskine de orden del gobierno inglés que se acerque al gobierno griego para obtener la libertad de los cautivos por todos los medios posibles.

Un navío de guerra se puso a disposición de Mr. Erskine para recobrar a los cautivos, en cualquier punto de la costa en que se hallaran.

El 13 anuncia Mr. Erskine la libertad de lord Muncester, la petición de 25.000 libras como rescate, y la demanda de indulto hecha por los foragidos.

Lord Clarendon autoriza las negociaciones sobre esta base: el 18 le encarga a Erskine, manifieste al gobierno griego la cólera que esto ha producido en Inglaterra, y le autoriza para que manifieste que el gobierno británico espera que se conceda el perdón a los ladrones, evitando poner en peligro la vida de los cautivos, y que no haya resistencia en conceder ese indulto.

El 18 Erskine anuncia que los prisioneros han

sido conducidos a Cropo, y que son bien tratados. Por otra autorización pide la traslación de los bandidos a Malta, si el gobierno griego consiente.

El 19 Erskine anuncia nuevas negociaciones con los foragidos, que insisten en pedir una amnistía, difícil de conseguir. Inmediatamente contesta lord Clarendon encargando declare al gobierno griego en los términos más explícitos que la indignación no tendría límites en Inglaterra, si la vida de los cautivos se hallara en peligro, por no conceder el gobierno la amnistía solicitada.

«Yo os autorizo, le dijo, a insistir fijándose en el descrédito en que caerá Grecia, por esos hechos, sin que el Gobierno tome una medida eficaz para remediarlos: igualmente os autorizo para declarar que el gobierno inglés no acepta por escusa lo que se alega de no poder conceder la amnistía: que si esta se concede, podéis hacerles saber a los bandidos que se les dará un salvoconducto y se transportarán a Malta a bordo de un navío de guerra inglés, si ellos quieren usar de esta ventaja, pero a condición que los prisioneros sean inmediatamente puestos en libertad, y lleguen sanos y salvos a Atenas.

Os he enviado otro telegrama, continúa, para deciros que no dejéis de esforzaros con el gobierno griego a fin de obtener el indulto, si esto es el mejor medio de obtener la libertad de los prisioneros; y os he dado también instrucciones sobre que el gobierno británico se reserva reclamar del griego, el empleo de todas las medidas que puedan conducir a este objeto. En fin, os ruego me informéis completamente de la protección que el gobierno griego dispensa a los viajeros, y hasta qué punto pueden estos viajar bajo su responsabilidad.—Clarendon.»

La segunda carta es de Clarendon a Erskine, fechada en el mismo día. Dice así:

«Después de escrita mi carta fecha de hoy, he visto al ministro griego, que ha venido a visitarme a consecuencia de instrucciones de su gobierno, para decirme cuán preocupado se halla el gobierno helénico por el apresamiento hecho por los bandidos, y para explicarme la dificultad que halla en conceder el indulto que solicitan los ladrones. M. Brailas Armeni me ha dicho que la facultad de conceder gracias acordada por la Constitución al rey de Grecia, no se entiende más que a los hechos políticos, no pudiendo este intervenir en el castigo de un delito ordinario. Pero añade que el gobierno griego está perfectamente dispuesto a cerrar los ojos a todo lo que la legislación inglesa pueda acordar con los bandidos, para poner a los prisioneros en libertad, y por ejemplo, a proporcionarles los medios de salir de Grecia a bordo de un navío inglés. He respondido a M. Brailas Armeni, que M. Erskine había pedido y obtenido la autorización necesaria, para que los bandidos pudiesen, con el consentimiento de la administración, tomar pasaje para Malta y salir de Grecia. Pero le he hecho observar que no podía admitir la validez de la objeción constitucional presentada por el gobierno griego, para rehusar el perdón de los bandidos.—La Constitución griega ha sido violada por el gobierno, sobre dos puntos de administración interior, y no puedo admitir una negativa fundada en esta Constitución, cuyo objeto sería impedir que obtuviesen libertad los súbditos ingleses, cuyas vidas están en peligro, por impedirse el acuerdo de una de las condiciones, que los bandidos imponen.»

La tercera carta es de Mr. Erskine al conde de Clarendon. Está fechada en Atenas el 12 de abril, pero no fué recibida hasta el 22; de modo que puede ponerse después de las anteriores. Mr. Erskine describe el asalto, cuyos detalles son ya conocidos; añade que había pedido el jefe de la cuadrilla un rescate de 50.000 libras, amenazando matarlos dentro de tres días si no recibía dicha suma en este tiempo; pero que después las pretensiones de esos malvados disminuyeron, puesto que M. Herbert había escrito una carta en la cual este le rogaba que evitase el movimiento de tropas, declarando que el rescate consistía en 32.000 libras, cuya cifra fué confirmada en otra carta del conde de Boyl al ministro de Italia.

«He reservado a V. S., dice Erskine, terminando su carta, el derecho de reclamar al gobierno griego, por el rescate; y pienso que como se trata de dos personas que pertenecen al cuerpo diplomático, que habían avisado a la autoridad de la in-

tención que tenían de visitar a Marathon, obteniendo para ello una escolta que creyeron suficiente, sin que ninguno les advirtiese el peligro que corrían, V. S. podrá hacer responsable al gobierno griego de lo que ha sucedido. El ministro de Italia ha dirigido una representación análoga a Mr. Valaoritis, y estoy persuadido que está bien convencido de que la nación es responsable de todos los perjuicios ocasionados a los extranjeros, a consecuencia de la negligencia y mala administración del gobierno. Este encontrará medio de poner término a un estado de cosas que es una vergüenza para todo país que lleva el título de civilizado.»

«La cuarta carta fué dirigida por Erskine a Valaoritis, ministro de negocios extranjeros de Grecia. Atribuye los hechos a falta de vigilancia inexcusable de parte de las autoridades. Erskine añade:

«El ministro de la Guerra me ha prometido formalmente que los bandidos no serán perseguidos, hasta que los cautivos estén en libertad, pues que estos amenazan con su muerte, si se les persigue. La promesa hecha será religiosamente cumplida: así lo espero.»

La quinta carta está dirigida por Erskine al conde de Clarendon, fechada en 14 de abril; llegó a Londres el 22. Anuncia la llegada de lord Muncester para tratar del rescate, siendo la cifra de 50.000 libras y no de 32.000. Los bandidos, después de numerosas contestaciones, han rebajado a 25.000 libras, y añade Erskine:

«El rey y el primer ministro han llegado esta mañana a Atenas de una excursión al Archipiélago. M. Zaimis ha venido a verme con el ministro de Negocios Extranjeros. Me ha manifestado la profunda pena que le ha causado la desgracia de mis conciudadanos, y me ha asegurado que el gobierno se halla dispuesto a hacer todos los sacrificios posibles para conseguir la libertad de los cautivos.»

«Se ha enviado una persona por el gobierno para tratar con los ladrones, prometiéndoles todo, incluso el indulto. Espero que antes de poco, los cautivos sean puestos en libertad. Yo les he dirigido (a los bandidos) una carta en idioma griego, cuya copia es adjunta, dándoles seguridad de que el dinero les será pagado, y que no les inquietará el gobierno. No podré decir cuándo les será pagado, pero he tenido el honor de ver al rey y me ha dicho que hubiera querido que M. Zaimis hubiera tomado del Banco la cantidad que hubiera sido necesaria para pago del rescate. El rey ha manifestado el más vivo deseo de ir él mismo a ponerse en manos de los ladrones, antes que ver que ningún prisionero sufriera el más leve daño.»

En esta correspondencia figuran una carta que los bandidos dirigen a Mr. Erskine, y la contestación de éste. La primera dice así:

«Sres. ministros de Inglaterra y de Italia: Los Señores están bien; pero hemos convenido con el Señor la suma de 25.000 libras, y la amnistía del gobierno helénico, y que no sólo no se nos persiga en Ática, sino en ninguna provincia, porque si se nos persigue, los Señores están en peligro. Esperamos vuestra respuesta mañana sin falta.»

Hé aquí la respuesta de los dos ministros:

«Los ministros de Inglaterra y de Italia han recibido vuestra comunicación. No hay ninguna dificultad en cuanto al pago de la suma indicada; pero no os damos seguridad sobre la amnistía que el gobierno no puede conceder. Se os enviará persona encargada de tratar con vosotros; el rey y el presidente del consejo han dado al ministro inglés la seguridad de que no sereis inquietados. Tratad a vuestros prisioneros lo mejor que podáis. Ponedlos sin temor al abrigo de una casa de campo.»

La última comunicación es del conde Clarendon a Mr. Erskine, fechada en 23 de abril.

«Nuestro telegrama del 20 de Abril por la tarde anunciando que la salud de los prisioneros es satisfactoria, pero que los bandidos exigen aún dos condiciones que el gobierno griego no puede admitir, expresando la esperanza que la misión del ayudante de campo del general Church, y las medidas militares adoptadas, producirían un feliz resultado, fué recibido en la noche del 21. A la mañana siguiente recibí los despachos del 12 y 14 de Abril conteniendo los detalles del apresamiento, y las medidas tomadas hasta la última fecha. En la tarde del 22 llegó vuestro nuevo telegrama del medio día del 20: me ha causado una

gran ansiedad. He visto que las tropas iban a atacar a los bandidos, ó que en otro caso se había concertado algún plan para facilitar la evasión de los prisioneros por otros medios que los que habían sido anteriormente proyectados. Todos mis temores se han realizado a la llegada de vuestro telegrama del 22 recibido en el *Foreign-Office* después de medio día, transmitiéndonos la dolorosa noticia de que Mr. Herbert y el secretario de la legación de Italia han sido muertos por los bandidos, sin duda a consecuencia del ataque dado por las tropas contra ellos, que Mr. Vyner había sido internado por los ladrones, y que nada se sabía de Mr. Lloyd.

Os he contestado inmediatamente, que si suponáis que la seguridad de los prisioneros que aún viven podrá facilitarse por la conciliación de una amnistía, que os apresuráseis a pedirla al gobierno griego, y que en nombre de la reina y en los términos más precisos solicitarais esa amnistía. Tres horas después ha llegado vuestro telegrama último, con la triste noticia que Mr. Vyner y Mr. Lloyd habían sufrido igual suerte que sus compañeros, añadiendo que el primero de los dos había sido matado cerca de Thebas. No tengo necesidad de deciros con cuánta ansiedad espera el gobierno de la reina vuestros detalles sobre esta triste tragedia. Temo que no pasen dos días sin que lleguen, y hasta entonces apenas estoy en disposición de daros instrucciones. Espero y no tengo duda, después de leída vuestra correspondencia, que no habreis olvidado ningún medio de obtener la libertad de los prisioneros, y que habreis empleado con el gobierno griego todos los argumentos capaces de destruir la objeción fútil é insostenible en estas circunstancias contra la amnistía solicitada por los bandidos como condición indispensable para obtener la libertad. Ya os informaré de la voluntad de las familias de los difuntos en cuanto a su entierro, tan luego como pueda tener conocimiento.—Clarendon.—P.S. 24, Abril por la tarde. Después de escrita esta carta he recibido vuestro telegrama, anunciando que los restos mortales de Mr. Herbert y Mr. Lloyd han sido conducidos a Atenas y enterrados a presencia del rey, de la reina, del arzobispo, de los ministros y de los miembros del cuerpo diplomático, y que el vapor ha vuelto para ir a buscar los restos mortales de Mr. Vyner y de Mr. Boyl, secretario italiano. Vuestro telegrama me informa además, que trece de los bandidos han sido matados ó presos, pero que ocho y el jefe, aún están huyendo y que se espera cogerlos bien pronto.»

Los diarios ingleses publican hoy la nota siguiente:

Resulta de los últimos acontecimientos que han pasado en Marathon:

- 1.º Que la excursión de los viajeros ingleses a Marathon, ha sido efectuada con el consentimiento del gobierno griego, prevenido de antemano y bajo la protección oficial de una escolta, haciéndose creer con alguna seguridad que esta protección no era necesaria.
- 2.º Que el apresamiento de los viajeros se hizo a una pequeña distancia de Atenas, y que después de esto, luego que faltó el rescate, no se ocupó de nada el gobierno griego.
- 3.º Que el gobierno griego ha sido prevenido del resultado que tendría el empleo de la fuerza armada contra los bandidos, y que hizo la promesa de no atacarlos, la cual fué comunicada a los malhechores.
- 4.º Que contra esta promesa el gobierno griego ha enviado ó permitido enviar tropas que les cercaran llegando de ese modo a provocarlos.
- 5.º Que la amnistía era cuestión de vida ó muerte, y que ella hubiera salvado a los prisioneros: que el gobierno griego la rehusó bajo pretextos frívolos; pero aún admitiendo el pretexto como razonable, que debía por lo menos haber reflexionado seriamente antes de atacar a los bandidos, porque una vez atacados, desaparecía la probabilidad de un feliz resultado, haciéndose por todo esto, completa y únicamente responsable ese gobierno ante el pueblo inglés.»

MADRID: 1870.

Imp. de LA INTEGRIDAD NACIONAL, Dos Hermanas, 17.

LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIODICO DEFENSOR DE LOS INTERESES CONSERVADORES EN LAS ANTILLAS ESPAÑOLAS.

PRECIOS DE SUSCRICION

En Madrid, al mes, 4 reales.—En provincias, el trimestre, 15 reales.—En el extranjero, el trimestre, 24 reales.

Se admiten suscripciones en la Administración de este periódico y en las librerías siguientes: Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, calle del Carmen; Universal, calle del Arenal, número 16; San Martín, Puerta del Sol; de la Victoria, pasaje Matheu.
Desde provincias y el extranjero se admitirán en libranzas directas a cargo del Administrador, lo menos por un trimestre.
ANUNCIOS.—Siendo este un periódico de gran circulación en las Antillas Españolas, se admiten anuncios a precios convencionales.